



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

No supieron vivir de otra manera

Jesús Dolado Esteban

Eduardo Robles Esteban

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Historia Militar

EN UNA LÁPIDA MORTUORIA

¡Escucha, caminante, no prosigas...!

¡Detente por favor!

¡Híncate de rodillas

Y reza por mí alma una oración!

Piensa que, como tú, tuve una vida

Y libé su alegría y su dolor;

¡Y que marchaba como tú caminas

En pos de la ventura y la pasión!

¡Piensa que tú también no serás nada

Y en forma parecida te hallarás ;

Y el día que eso venga... ¡porque viene!

Tus propios hijos te abandonarán...

¡Son tan cortas las horas de la vida!

¡Tan eterna es la muerte!

La verdad es ésta, caminante:

¡Todo el mundo miente!

G.D. Eduardo Esteban Valdés

1 de mayo de 2024

Corría el año de 1503 cuando España se encontraba inmersa en la conocida como II Guerra de Nápoles. El 28 de abril tuvo lugar la batalla de Ceriñola en la que las tropas españolas, comandadas por don Gonzalo Fernández de Córdoba «el Gran Capitán», muy inferiores en número, se impusieron de forma contundente sobre las francesas dirigidas por don Luis de Armagnac, duque de Nemours, quien perdería la vida en el combate.

Cuentan las crónicas que, durante la celebración de la victoria, sorprendió a Don Gonzalo ver a unos soldados que portaban ricos ropajes, interesándose por su procedencia. Para sorpresa del Gran Capitán esas vestimentas no eran otras que las del duque de Nemours, a quien la tropa se las había arrebatado tras su muerte.



José Casado de Alisal (1866). Los dos caudillos o El gran Capitán contemplando el cadáver del duque de Nemours. Óleo sobre lienzo. Museo Nacional del Prado (Madrid). Depositado en otra institución.

Conmovido por la noticia, don Gonzalo suspendió las celebraciones por la victoria ordenando que, con la máxima dignidad y honores militares, el cuerpo de don Luis fuera recogido y enterrado, disponiendo también que, a costa de su propio peculio, se diera cristiana sepultura a los más de 4.000 franceses que yacían muertos en el campo de batalla.

Dispuso también el Gran Capitán que, a partir de ese día y coincidiendo con el toque de oración del atardecer por el que las campanas de las iglesias anunciaban el fin de la jornada laboral (junto a éste y conocidos como toques ordinarios, existían

el toque de oración del amanecer, que indicaba el inicio de la jornada, el del mediodía, el Ángelus, que señalaba la hora de la comida), en homenaje a los caídos en combate, propios o enemigos, sus ejércitos hicieran sonar los tambores con tres toques largos, costumbre que perdura en la actualidad en nuestras Fuerzas Armadas, si bien el redoble de las cajas de guerra ha sido sustituido por tres toques de corneta que, bajo el nombre de «toque de oración», señala en las instalaciones militares el fin de la jornada militar.

De la significación que para un ejército tenía el trato a dar a los caídos propios y ajenos, dejó buena constancia don Álvaro de Navia y Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado y III vizconde del Puerto, en sus *Reflexiones Militares*, estimando el asunto de tal importancia como para dedicarle varios capítulos de su obra (Libro XIII, Capítulo IV: «Premio a los que cumplieron-Castigo a los que faltaron-Exequias por los muertos y recompensa a sus familias y estropeados-Atención con los heridos, amigos y contrarios.-Buen trato a los prisioneros»):

[...] en el siguiente capítulo verás que la razón cristiana, política y militar obliga a que el jefe vencedor haga enterrar los muertos de ambos bandos ejércitos; pero mayor necesidad de tu socorro tendrán las almas de tus difuntos, que sus cuerpos, y así dispón que se ejecuten por ellas decentes funerales [...]

Razona Don Álvaro su petición con un repaso a la historia antigua y la forma de actuar en Grecia y Roma, cunas de nuestra civilización.

[...] Aún pasaba más adelante la exactitud de los antiguos en honrar la memoria de sus fallecidos militares, pues daban sepulcro más decoroso a los que se habían señalado en los combates [...]

[...] los romanos, todavía no contentos con las diligencias expresadas, hacían poner estatuas de los muertos guerreros en las casas de los mismos, y llevaban aquéllas a los funerales de sus sucesores, sobre cuyo pasaje dice Polibio: «De esta forma se renueva la reputación y aplauso, y se hace inmortal el nombre de los que sirvieron a la patria; pero lo que hay de más considerable en tal práctica es que la Juventud se anima a hacer todo lo posible para adquirir gloria».

En el Capítulo V justifica el Vizconde del Puerto las «Razones para hacer enterrar luego los cadáveres de ambos ejércitos»:

También harás dar sepultura a los cadáveres del contrario ejército, no sólo por la expresada necesidad de que no se corrompa el aire, sino por ejercitar la piedad y adquirir el agradecimiento del enemigo [...]

Prueba de que lo expresado por Don Álvaro no cayó en saco roto fue la orden dada por Felipe V sobre los honores a dar a los caídos en campaña:

El Rey nuestro señor manda hacer todos los años por los militares muertos suntuosísimas exequias, a cuya oración fúnebre asisten los consejos de Estado y de Guerra y toda la primera nobleza de la corte[...]

Parece obvio la obligación que tiene una Nación de cuidar de la memoria de aquéllos que dieron su vida por ella «El homenaje a los héroes que la forjaron es un deber de gratitud y un motivo de estímulo para la continuación de su obra». Por ese deber, que legalmente trasciende de lo sensitivo, nace la obligación legal, firme y concreta de velar por su eterno descanso en las condiciones de máximo reconocimiento y dignidad independientemente de la facción o bando en el que cayeran.

Lamentablemente, la progresiva «secularización» de la muerte, los incrementos demográficos, las necesidades expansivas y especulativas, han llevado a casi todos los pueblos y culturas, en pos de eso que llamamos progreso, en pensar cada día más en la plácida comodidad de los vivos, aunque muchas veces sea a costa del eterno descanso de los muertos. Pero a estas «comodidades» del progreso hay cuestiones que una Nación moderna, sus instituciones en general, y las Fuerzas Armadas en particular, no pueden consentir, y no sólo por lo indecoroso que resulta sino, además, por estar sujetas al imperativo legal.

Desde hace años acudimos durante el mes de diciembre, junto al también académico teniente general César Muro, presidente de la Asociación de Amigos del Camino Español de los Tercios, a la localidad holandesa de Bolduque (*'s-Hertogenbosch*, en neerlandés), viajes en los que, además de celebrar junto a la comunidad hispano-holandesa el conocido como «Milagro de Empel», ocurrido en 1585, aprovechamos para visitar lugares de interés militar, entre ellos varios museos y algunos de los muchos cementerios militares que se encuentran en los Países Bajos (*Airborne Cemetery, Groesbeek Canadian War Cemetery, Holten Canadian War Cemetery...*). De todos ellos sin duda el que más llama nuestra atención es el cementerio militar alemán de Ysselsteyn, el más grande del mundo, en el que, en un espacio equivalente a varios estadios de fútbol, se levantan 31.500 cruces de soldados germanos (decenas de ellas de miembros de las *Waffen SS*) algunas con el nombre y graduación del soldado y muchísimas con un anónimo *Ein Deutscher Soldat*.

Describir este escenario a alguien que no lo haya visitado resulta una tarea casi imposible. Su extensión, pulcritud, silencio, sólo roto por la música de un carrillón de campanas que marca las horas con distintas canciones alemanas, la juventud de los que allí reposan (en su mayoría entre los 18 y 25 años,) hacen de este camposanto un lugar difícil de olvidar.

No es Holanda una excepción. Quien haya tenido la oportunidad de viajar por nuestra vecina Francia (léase Bélgica, Alemania, Italia...) habrá podido observar la familiaridad y, sobre todo, el respeto con que conviven monumentos dedicados a los franceses muertos en la Guerra Franco-Prusiana o en la dos Guerras Mundiales con pulcras e impresionantes necrópolis donde descansan sus enemigos alemanes. Los campos de Normandía son una de las mayores muestras del reconocimiento de las naciones, prácticamente de todo el mundo, a aquéllos que «no supieron vivir de otra manera».



Cementerio militar alemán de Ysselsteyn (Holanda)

Sobre el comportamiento de las autoridades ante la profanación de alguna de estas tumbas bien vale el siguiente ejemplo.

En el año 2015 desapareció en el cementerio alemán de La Cambe (Normandía) la lápida del capitán de las Waffen SS Michael Wittmann, «el barón negro», uno de los «ases» carristas de la II GM más conocidos por su arrojo y heroísmo al que se le atribuyen la destrucción de 141 carros de combate y 132 cañones anticarro.

Wittmann y su dotación encontraron la muerte el 8 de agosto de 1944 cuando su *Tiger* fue acorralado por 8 tanques norteamericanos, logrando eliminar, antes de sucumbir, a tres de ellos, siendo todos enterrados en una fosa colectiva en un lugar sin identificar.

En 1983, durante la construcción de una carretera el cuerpo de Wittmann y su tripulación fue identificado y trasladado al cementerio alemán de La Cambe (Bayeux, Francia) donde descansan más de 12.000 soldados alemanes.



Cementerio alemán de La Cambe (Bayeux, Francia)

Tras el robo de la lápida, el alcalde de la localidad francesa, Bernard Lenice, declaró: «La lápida será reemplazada. Incluso si se trata de un soldado alemán. Los muertos deben ser respetados» (Alejandro Osorio. La Tercera. 30 de julio de 2015).

Siguiendo con el trato dado a los caídos en los países aliados de España en la OTAN comparto la experiencia vivida recientemente en Letonia.

El mes de marzo pasado pude participar, junto con un nutrido grupo de historiadores hispano-letones, en un encuentro en la ciudad de Riga (Letonia). Durante el viaje pudimos visitar el cementerio de los Hermanos (memorial dedicado

a los miles de letones caídos en la I Guerra Mundial y en la Guerra de Independencia Letona).

A unos cientos de metros de allí está el cementerio conocido como «Forestal», en el que una gran cruz se levanta sobre lugar donde se encuentra la fosa común donde reposan, en el otrora conocido como «cementerio de los Héroes», los restos de soldados alemanes y de unos 50 españoles de la División Azul muertos en el Hospital Militar de Riga.



Cementerio de los Hermanos, Riga (Letonia)



Cementerio de los Héroes”, Riga (Letonia)

Coincidió estas jornadas con el entierro de cinco legionarios letones (dos identificados y tres desconocidos) de la 19 División de Granaderos SS (2ª Letona) caídos en 1945 en los combates contra los rusos en la Bolsa de Curlandia,

Los restos de los cinco soldados fueron inhumados en el cementerio de Lestene, levantado para albergar los cuerpos de los miles de legionarios caídos en la Segunda Guerra Mundial y en la posterior guerra de partisanos contra la ocupación soviética. Llamaba poderosamente la atención el número de participantes en las exequias, el respeto e inmenso silencio, sólo roto por los cantos religiosos entonados durante el funeral.



Cementerio de Lestene, marzo 2024

Mientras en la vieja Europa parecen volver a resonar de nuevo los tambores de guerra, organismos públicos y privados se afanan en recuperar los restos de los miles de soldados que aún esperan su exhumación y, tras ello, disponer de un lugar digno donde guardar su eterno descanso. Cuando se van a cumplir 80 años del fin de la II Guerra Mundial organizaciones, como la alemana *Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge (VDK)*, colaboran estrechamente con las rusas «Dolina» y «Memoriales Militares» para llevar a efecto la vieja máxima de que «una guerra no termina hasta que el último de sus caídos es recuperado y enterrado dignamente». Sobre su trabajo en España tenemos buen ejemplo en el Cementerio alemán de Yuste que preside una gran placa con el siguiente texto en alemán:

En este cementerio de soldados descansan 26 soldados de la Primera Guerra Mundial y 154 de la Segunda Guerra Mundial. Pertenecieron a tripulaciones de aviones que cayeron sobre España, submarinos y otros navíos de la armada hundidos. Algunos de ellos murieron en hospitales españoles a causa de sus heridas. Sus tumbas estaban repartidas por toda España, allí donde el mar los arrojó a tierra, donde cayeron sus aviones o donde murieron. El Volksbund en

los años 1980–1983 los reunió en esta última morada inaugurada en presencia del embajador de la República Federal de Alemania en un acto conmemorativo hispano-alemán el 1 de junio de 1983.

Recordad a los muertos con profundo respeto y humildad.

Quien pasee por Estrasburgo no podrá por menos que estremecerse ante el monumento que se levanta en el centro de la Plaza de la República en el cual una madre, La Alsacia, abraza los cuerpos abatidos de sus hijos muertos en combate, uno por Francia y el otro por Alemania.



Plaza de la República, Estrasburgo (Francia)

Lejos de aprender de nuestros aliados europeos, y empeñados en hacer cierto el viejo tópico de que «España es diferente», en nuestro país son demasiado frecuentes las noticias de vandálicos ataques y profanación de mausoleos o tumbas, mientras nuestra clase política utiliza indecentemente los muertos a conveniencia de según qué parte.

Se da la triste paradoja de que la mitad de nuestras instituciones financian la búsqueda de cadáveres para proporcionarles un justo enterramiento, mientras que la otra mitad no sabe qué hacer con los que tiene o encuentra. Un buen ejemplo se vio reflejado en nuestras plazas del norte de África.

Ante el inminente riesgo de ser tragados por el mar, en el año 2021 se encomendó a nuestro Ejército de Tierra la triste tarea de exhumar y trasladar hasta Melilla los restos mortales de quienes reposaban en los cementerios de los peñones de Vélez de la Gomera y Alhucemas (plazas españolas desde el siglo XVI). No tuvieron otra opción, ante la absoluta dejación de nuestras autoridades en invertir un solo duro

en su restauración y conservación, negándole a estos compatriotas, mucho nos tenemos que, con el único ánimo de no molestar a nuestro vecino del sur, el derecho al descanso eterno en el lugar de España en el que nacieron, vivieron y murieron. Para ellos no había presupuesto.



La "Pulpera", cementerio del Peñón de Alhucemas



Cementerio del Peñón de Vélez de la Gomera

Si lo sucedido en los Peñones fue la de cal es justo hablar de la de arena, que encontramos en el extraordinario trabajo realizado en el Cementerio de Melilla o, recientemente, en el militar (de la parte civil mejor no hablar) de Tetuán, en el que el abandono y la miseria han dado paso a la decencia y pulcritud.

Sírvanos esta referencia al camposanto militar de la que fuera capital del Protectorado español en Marruecos para cerrar este artículo reconociendo la extraordinaria labor que allí, en Rusia o en España viene desarrollando la Fundación Indortes que preside el general Fontenla Ballesta, entidad que nació con el objetivo de «Fomentar la memoria, conservación, vigilancia y ornato de los cementerios y tumbas de combatientes españoles bajo bandera de España, caídos en lucha, sin distinción de época, lugar, credo o ideología».

Quiera Dios que algún día en España, el país que hizo «oración» del reconocimiento del valor de su enemigo muerto, siga los pasos de nuestros vecinos europeos y otorgue un decoroso descanso y el justo Honor y Gloria a los que dieron su vida por ella «SIN DISTINCIÓN DE ÉPOCA, LUGAR, CREDO O IDEOLOGÍA». ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024